

ANTONIO CAVANILLAS DE BLAS

Miguel López de Legazpi

LA CONQUISTA DE MANILA

 EDITORIAL
VERBUM

ÍNDICE

1.....	9
2.....	91
3.....	161
4.....	234
Epílogo.....	237

De todos los conquistadores y navegantes españoles que recorrieron las Indias occidentales y el océano Pacífico, ninguno con el valor callado, el heroísmo anónimo, la acendrada religiosidad y el amor a la patria y la bandera de Miguel López de Legazpi, el vasco universal, escribano mayor y alcalde de la ciudad de México, conquistador de las Islas Filipinas, adelantado, gobernador y capitán general de ellas.

La conquista de Manila quiere ser un modesto homenaje a su memoria y a la de los marinos españoles que, tantas veces con el sacrificio de sus vidas, escribieron con sangre y letras dobles sus apellidos en todos los rincones de los siete mares.

1

Manila, 3 de mayo de 1572.

Mucho ha llovido desde que un serviola del galeón *San Pedro* avistara la isla de Samar, en el archipiélago de las Filipinas, en la otra parte del mundo. Fue amaneciendo el domingo 13 de febrero del año del Señor de 1565. Tras mucho sufrimiento y duras singladuras, habíamos llegado a nuestro destino. No cabía el error con arreglo al cálculo de los pilotos, los datos de las cartas náuticas y la información que para marear suministran el cuadrante, la brújula, la ballestilla y el astrolabio. Tengo ante mí el reloj de arena de la camareta del *San Pedro*, pues quise conservarlo. Cuando me aburro —qué delicia poder aburrirse uno al fin— lo contemplo y me recuerda los ratos buenos, regulares y malos de aquella expedición inolvidable.

Crece la ciudad de Manila como por un milagro semejante al del pan y los peces. En apenas un año, amurallada ya, surgen iglesias y conventos, se trazan las calles con arreglo al plan de Juan de Herrera, el arquitecto real que estos días trabaja en el monasterio que su majestad construye en El Escorial, se levantan casas y edificios, brotan plazas, parques, fuentes y jardines y se inician los trabajos de la catedral y del Palacio del Gobierno, desde el que escribo. Contemplo tan inmenso quehacer rodeado de tagalos, los indígenas naturales de estas islas, albañiles, ebanistas, canteros y pintores laborando en sus oficios a las órdenes de los capataces españoles que me acompañaron en mi aventura. Calculo en treinta mil los habitantes que moran intramuros, la mayoría indígenas ya bautizados, y en más de diez mil los que habitan los barrios fuera de las murallas. Se congregan allí los pobladores de origen chino, con sus pagodas, los comerciantes malayos y de Borneo, por su mayor parte mahometanos, todos en paz y armonía en sus templos y mezquitas.

La fusión de las razas hispana y tagala, como ocurrió en las Indias Occidentales, se produce de manera incesante bendecida por la Iglesia. No hay por aquí mujeres de raza blanca, por lo que los soldados de la primera hora, los que llegaron después y siguen haciéndolo desde Acapulco, junto a comerciantes y aventureros españoles de todas partes, han de arrimarse por fuerza a las tagalas. En dicho ayuntamiento siguen vigentes las leyes de la Corona tal como se aplicaban en las Indias: cualquiera que embarace a una indígena debe matrimoniar con ella si es mujer libre o, en otro caso, afrontar la paternidad de manera legal, ante un juez. Mis frailes se ocupan de que la norma se cumpla. Claro es que hecha la ley nace la trampa: el asunto se resuelve tantas veces con plata y a gusto de las partes. En cualquier caso el fruto de aquellas gestaciones se ve en la calle: son cientos los mestizos, niños y niñas que corretean por la Plaza de Armas o la Mayor jugando a lo de siempre: la pelota de trapo, el escondite, la pídola, la comba o las muñecas.

Los hados me bendicen o será mi paciencia y la preferencia del diálogo a la confrontación: jamás en la historia del mundo la conquista de un vasto territorio como éste se produjo con menos víctimas. De un lado no se dieron aquí las terribles epidemias de viruela e influenza que acabaron en el Caribe y Tierra Firme con miles de indios, de otro no hubo las sanguinarias represiones y batallas de Cuba, La Nueva España, el Perú o Chile y, por fin, mi política de pacto y plática antes que de espada y cañón, consiguió que las bajas en combate se redujeran a varias decenas de españoles y unos pocos cientos de tagalos. Siendo escasas las muertes, pocos son los resentimientos y los odios: los indígenas tienen a los españoles por amigos y protectores antes que por enemigos y usurpadores de sus tierras. Persiste una pequeña zona del norte de esta isla de Luzón donde distintas tribus rehúsan someterse a la autoridad del rey D. Felipe II, que Dios guarde, el monarca más poderoso de la cristiandad. Hacia allí envié no hace mucho a mi nieto, el capitán Juan de Salcedo. Con estrictas instrucciones de usar el parlamento antes

que la pólvora, confío regrese pronto con la noticia de la completa conquista para España del último rincón del archipiélago.

Afirmo íntimamente satisfecho que la mayoría de los tagalos me otorga su amistad. Ello es fruto de ocho años de labor diplomática, de demostrar que el Adelantado de su majestad solo tiene una palabra y de hacer frente a los compromisos adquiridos, tantas veces pactos de sangre al estilo tagalo. Es por ello que paseo por la ciudad y a veces extramuros sin guardia personal o con la simple custodia de un soldado armado. A mi paso los viejos indígenas se quitan el sombrero de paja o el turbante y las mujeres besan mi mano. Leo en sus ojos y certifico que no lo hacen por temor. Estoy seguro que represento para ellos la seguridad de ver acabadas las rencillas tribales y los odios fratricidas, que ensangrentaban tantas veces estas islas.

Me agrada visitar los barrios fuera de la muralla, el chino con sus callejas aromadas de sándalo, sus curiosas costumbres, los dioses y fetiches anunciándose a la puerta de sus pagodas y los tenduchos donde fríen insectos y gusanos o cocinan lomo de serpiente, patos, lagartos, perros y hasta gatos. El reverberante sonido de un gong anuncia a los fieles de Buda que la pagoda se halla abierta. Del sector comercial que gobiernan los malayos, borneeses y tagalos, me quedo con el aroma de los pebeteros de incienso de mil clases: jazmín, naranja china, rosa, limón y lima. Suelo detenerme en un puesto callejero donde me conocen y ofrecen una taza de perfumado té. Curioseo en los puestos de especias para apreciar con el olfato la pimienta, el anís, el clavo, la canela o nuez moscada y con la vista las demás: cardamomo, jengibre, mostaza, comino, menta, vainilla, alcaparrón, azafrán, estragón y ajedrea. Hago un alto en las mesas de los cambistas, colocados curiosamente a mitad de camino entre ambos barrios. Allí la moneda reina, la que ha sustituido a las demás, es el real de plata del Potosí, que invade el mundo. Todos pugnan por las *macuquinas*, reales de a ocho emitidos en la ceca de aquella villa real, en el Perú, y la cambian por escudos portugueses, piastras